

NUESTRA INVITACIÓN A LA FIESTA: EL DÍA QUE CAMBIÓ EL MUNDO

Sidney Rooy

Bienvenidos a la fiesta, la celebración, la conmemoración de una fecha memorable en la historia de la iglesia. Rara vez en nuestras vidas tenemos tal oportunidad: recordar un acontecimiento de hace quinientos años! Me acuerdo bien cuando celebramos los quinientos años del nacimiento de Martín Lutero, 1983, en Buenos Aires. Como decano del ISEDET, tuve el privilegio y la responsabilidad de la compilación de un libro recordatorio, *Lutero, ayer y hoy*. Hubo reuniones especiales, entre ellas las Conferencias Carnahan de nuestro seminario, con Walter Altmann de Brasil sobre el legado de Lutero (1). Esto quiere decir, que Lutero tenía 34 años cuando escribió las famosas 95 tesis.

Como Altmann nos recuerda, ha habido tantos apelativos asignados a esta persona, lo que indica la variedad de evaluaciones de su importancia en la historia. Para líderes religiosos de su tiempo era un santo o un diablo; para la ortodoxia de un siglo después, un profeta; para el Pietismo, un hombre piadoso que encontró la paz con Dios por una fe profunda; para el Iluminismo un siglo más tarde, un liberador del conservadurismo y del autoritarismo; para el movimiento nacionalista alemán, un héroe; para siquiátras recientes, problemas con la figura paternal en su vida; para otros, sólo un reformador a medias.

No es mi propósito esta noche dar una evaluación de su importancia. Ya va a haber tantos análisis en esta Conferencia por eruditos de las distintas disciplinas. Sólo quisiera presentar algunos pensamientos, algunos autobiográficos, que ofrezcan un marco de evaluación. Podemos indagar en muchos aspectos de la vida y pensamiento de Lutero donde hay contribuciones a los desafíos que nos confrontan en América Latina hoy. Lo hago como una invitación a algunos aspectos que me parecen interesantes y quizás importantes.

La primera invitación es a la humildad frente a la gracia divina.

Desde mi juventud he celebrado el Día de la Reforma, a veces en reuniones masivas. Casi siempre se destacaron las tres “solas” como la gran contribución ofrecida a la iglesia universal: sola escritura, sola gracia, sola fe. Más tarde vino la cuarta sola y ésta, superior a las tres primeras, solo Cristo. Y al final, la quinta, solo la gloria de Dios. En mi memoria, el espíritu de las celebraciones dejaba

sentir un sentido de triunfalismo. La Reforma se consideraba la fecha más importante en la historia de la iglesia entre Cristo y nuestro presente. Solo bastante más tarde llegó la conciencia de que el acontecimiento de la Reforma fue también algo que lamentar. Su recordación debe elevar tanto las gracias al Señor como las confesiones de arrepentimiento. Esto no debe sorprendernos visto que la primera tesis de Lutero fue precisamente sobre el arrepentimiento.

“Nuestro Señor y Maestro Jesucristo, cuando dijo arrepentíos (*poenitentiam agite*) quiso que toda la vida de los creyentes fuera arrepentimiento.” (2)

Para Lutero, quien citaba la versión latina de Jerónimo, el mandato fue “haced penitencia”. “Arrepentíos” fue el mensaje constante de Jesús. Comenzó su ministerio diciendo: “Arrepientanse, porque el reino de los cielos está cerca.” (Mt.4:17) Las diferentes traducciones de esta palabra nos dan una vista más amplia de la intención de los dos, Lutero y Jesús: conviértanse, enmiéndense, vuélvanse a Dios. La palabra “arrepentirse” viene del griego “*metanoia*” y lleva dos sentidos: un cambio de mente y una acción correspondiente. En el tiempo de Lutero, hacer penitencia significaba confesarse por los pecados cometidos ante el sacerdote y pagar su penitencia en ejercicios espirituales, mortificaciones, o frecuentemente en dinero para cancelar su deuda ante Dios.

Sin lugar a dudas, fue necesario un cambio en las relaciones para con Dios. Pero, lo que pasó en aquel tiempo deja tanto que lamentar, incluso el quebrantamiento del cuerpo del Señor. Ninguno de los movimientos de reforma, ni los bastiones de la ortodoxia católica, quedaron con las manos limpias en el proceso de promover sus propios intereses. Guerras sin número, excomuniones multitudinarias, martirios de todas las partes, y por último la guerra religiosa que al comienzo del siglo diecisiete devastó a Europa, reduciendo la población de Alemania de 16 millones a seis, o sea un 60% que murieron a manos de otros cristianos. Y no hablemos sobre las colonizaciones de África, Asia y América Latina. Hoy día, frente a nuestra condena de otras religiones, debemos pausar y repensar en nuestras propias historias. Para los sensibles de espíritu, cuando celebramos la gracia divina, la humildad todavía tiene prioridad.

Lutero mismo captó esto en su fórmula tan clara, *simul justus et peccator*. No hay orgullo ni triunfalismo con esta confesión. Es verdad, somos justificados por la fe, pero estamos tan lejos de llegar a la meta. A veces damos gracias por grandes héroes de la fe como San Agustín, Santo Tomás, Lutero y el obispo Oscar Romero, y olvidamos que frecuentemente es por los pasos más humildes que Dios

cambia la historia. Fue el gran filósofo José Ortega y Gasset quien dijo: “Cambios históricos decisivos no vienen de grandes guerras, cataclismos terribles, o invenciones ingeniosas; es suficiente que el corazón humano incline su corona sensitiva hacia un lado u otro del horizonte” (3).

Lo que nos dice, creo, es que los poderes sociales y humanos también crecen como con el caso de una gran tormenta que se gesta y se acerca lentamente, las nubes negras penden en lo alto, se siente el silencio de un cementerio, entonces un relámpago raja el cielo con un trueno violento, y de golpe la furia desemboca sobre nosotros. Así crecieron las fuerzas sociales, económicas, religiosas y políticas durante la Edad Media tardía, hasta llegar a este momento explosivo con la acción de Lutero. Así fue sellada la división entre el norte y el sur del Cristianismo Occidental.

Imagínense, católicos y luteranos tardaron casi cinco siglos en llegar a un acuerdo sobre los significados centrales de la justificación por la fe. Fue adoptada *La Declaracion Comun Luterano—Catolica sobre la Doctrina de la Justificacion de la Fe* en 1999, después de más de veinticinco años de estudio, diálogo y consultas. Más tarde, el Concilio Metodista Mundial y la Comunion Mundial de las Iglesias Reformadas también firmaron el documento.

Podemos dar gracias a Dios por este momento de reconciliación que es uno de los grandes logros de la historia del pueblo de Dios. El punto cinco del Preámbulo de la Declaracion reza así:

“Una de las finalidades de la presente Declaración conjunta es demostrar que a partir de este diálogo, las iglesias luterana y católica romana se encuentran en posición de articular una interpretación común de nuestra justificación por la gracia de Dios mediante la fe en Cristo. Cabe señalar que no engloba todo lo que una y otra iglesia enseñan acerca de la justificación, limitándose a recoger el consenso sobre las verdades básicas de dicha doctrina y demostrando que las diferencias subsistentes en cuanto a su explicación, ya no dan lugar a condenas doctrinales.” (4)

Lamentablemente, hay fieles, tanto protestantes como católicos, que no aceptan tales conclusiones, pero el largo camino para llegar a este acuerdo confirma esta verdad: la reconciliación evangélica viene sólo por la humildad frente a la gracia divina.

La segunda invitación es a la gratitud frente a los nuevos desafíos

Con Lutero llego a su culminación un proceso histórico. Grandes cambios sociales, económicos, políticos y religiosos estaban gestándose. El Humanismo impulsó la visión de la dignidad del valor de cada persona humana. El espíritu nacionalista quebraba el monopolio del imperio. Los pobres buscaban alivio en las ciudades nacientes y libres. Las comunicaciones y la educación abrieron horizontes nuevos. Pero, sobre todo, el alma, el corazón de la época, se levantó en protesta contra el *estatus quo*, del pasado. Lutero no inventó, no configuró, no organizó, ni aún percibía la tormenta que se acercaba. Solamente tuvo la sensibilidad que prendió el fusil de la bomba social y religiosa que explotó luego. Este hecho no le quita nada a la grandeza de su acción, ni le hace un héroe sin mancha ni falta. En el decir de José Ortega y Gasset, inclinó el corazón humano hacia el nuevo horizonte.

Estos grandes momentos no vienen con frecuencia. Tienen que haber muchos otros de menos intensidad y fuerza que preparen el camino para los tiempos cruciales en la historia. Este paso al concepto del ser humano como un agente activo y responsable en su propia historia acentuó su llamado a servir a Dios en su propio trabajo y profesión.

La primera tesis afirma esta verdad al insistir que el arrepentimiento incluye toda la vida del creyente. Arrepentimiento es una condición de vida, una relación constante con Dios, una dedicación al servicio de Dios.

Otra palabra usada por los reformadores reafirma este artículo de fe, la palabra "*Beruf*" que significa vocación o llamado. Para los tomistas y eclesiásticos de la época, la vocación se reservaba para los clérigos miembros de las órdenes monásticas. Por esta razón, los sacerdotes que servían a la gente común allí en el mundo eran llamados seculares. Los reformadores ya no aceptaban la doctrina medieval de dos niveles de espiritualidad: los sacerdotes y la otra gente. Creyeron y enseñaron que todo creyente tiene una vocación en el mundo, lo que hacía de sus respectivas áreas de trabajo un servicio a Dios y al prójimo, un espacio sagrado. Este artículo de fe es lo que Lutero elaboró en sus escritos sobre el sacerdocio de todos los creyentes, o sea todos los miembros de la iglesia. (5)

Al aplicar el concepto de *Beruf* a todos los artesanos, los campesinos y los profesionales, los Reformadores calificaban todas las áreas de la vida como parte del reinado de Cristo. Además, esto eliminó el estatus y carácter superior del clero en general, resultando en la condena de las órdenes mendicantes y la clausura de

los conventos en los principados y ciudades que optaron por la Reforma. Aun la afirmación de la doctrina de los dos reinos por Lutero, que fue sujeta al rechazo por otros sectores protestantes, colocaba los dos reinos bajo el señorío de Jesucristo.

Así, la lucha entre los reyes y el papado por la superioridad quedó superada. Antes el papa reclamaba autoridad divina sobre lo temporal y proclamaba que como la luna recibe su luz como mero reflejo del sol, así el estado recibe su autoridad de la iglesia. Pero, los reformadores al sacralizar todo el mundo como parte del reinado de Dios, cada esfera respondía directamente a Dios por su actuación en el mundo.

Como se puede ver, las relaciones entre lo espiritual y lo material, entre la iglesia y el estado, el alma y el cuerpo, fueron establecidas sobre una nueva base. En el orden de la creación, en la providencia divina, en la relación divina con todo el mundo, operaba una integridad y una integralidad holística en el mundo. El alma y el espíritu ya no se consideraban separados del cuerpo y de la sustancia materia, como en Platón y en el neo-platonismo que afectó tanto la teología y la historia de la iglesia. Ahora, los Reformadores no sólo aceptaron el salto tomista en cuanto a la bondad de la creación material y por eso del cuerpo; ahora afirmaban una nueva comprensión del ser humano.

La enseñanza de la sacralidad de cada vocación, cada trabajo, cada disciplina, cada oficio, ha sido dejado de lado tantas veces después de la Reforma. En el Protestantismo, con frecuencia el clero reclamaba una dignidad superior al laico, la espiritualidad despreciaba el trabajo manual, la búsqueda de la santidad separaba al creyente del mundo, el concepto de evangelismo excluía la obra social. Nuestras predicaciones y cruzadas ofrecían alas para volar más que pistas para aterrizar. El señorío de Cristo sobre todo el mundo asegura la integralidad de la misión. Cada creyente cumple una misión para el bien de la creación, de su prójimo, y para la gloria de Dios. Cuántas oportunidades de cuidar el ambiente, cuántas puertas se abren para servir a los pequeños de Dios en nuestros caminos, cuántos llamados para crear respuestas a las heridas sociales; hoy día en nuestros contextos no hay límite de oportunidades para servir a Cristo donde estamos. Esta fiesta genera gratitud frente a tantos desafíos hoy.

La tercera invitación es a recibir lo que otros ofrecen

Cuando Jesús envió los setenta discípulos a evangelizar, a compartir el evangelio, dio cuatro instrucciones (Lucas 10:5-9): 1. Ofrecer la paz a los de la

casa, 2. Aceptar lo que los de esta casa ofrecen, repetida dos veces, 3. Sanar a los enfermos, y 4. Anunciar que ha llegado el reino de Dios. Este proceso difiere bastante de muchos métodos evangelísticos modernos. Destacamos la importancia que el Señor da a la disposición de recibir lo que otros ofrecen. Entonces, recordemos que Lutero aceptó lo que Tomás de Aquino decía acerca de la creación y que “El que yerra en su doctrina de la creación yerra en toda su teología”. La evaluación positiva de Tomás de Aquino sobre la creación vino en parte de Aristóteles. Así que, tanto Lutero como Tomás de Aquino recibieron lo que Aristoteles les ofreció.

Esta enseñanza de la creación buena fue básica en la doctrina de Lutero sobre el sacerdocio de todos los creyentes en el buen mundo de Dios, como en su colocación de los dos reinos de la iglesia y del estado bajo el señorío de Cristo. Podemos ver que Lutero aceptó lo ofrecido en estos temas, tanto de Tomás como de Aristóteles. Siguiendo esta disposición de Lutero de recibir lo ofrecido tanto de un teólogo de oposición como de un filósofo pagano, quisiera afirmar que nosotros deberíamos seguir a lo afirmado en las instrucciones de Jesús y lo hecho por Lutero y los otros Reformadores. Digo esto para desafiarnos a tomar en serio lo que otros nos ofrecen hoy día. Doy dos ejemplos de mi propia experiencia.

Primer ejemplo. Mi colega por 22 años, José Míguez, fue un devoto pastor los fines de semana en barrios de Buenos Aires. Él creía que Carlos Marx, hijo de un pastor Luterano, ofreció comprensiones básicas frente a los problemas económicos, muchos causados por los capitalismo corrientes de su tiempo. Algunas de estas contribuciones, Míguez las analiza en su libro, *Christian and Marxists* (6). Por supuesto, fue duramente criticado en su tiempo, especialmente por cristianos más conservadores. Sugiero que sea releída su evaluación crítica y justa de lo ofrecido por Marx. Personalmente creo que sus análisis de los puntos positivos como su rechazo a la filosofía de Marx merecen seria consideración frente al neo-liberalismo y los capitalismo modernos.

Segundo ejemplo. En los últimos años se han levantado voces indígenas acerca de la teología de sus pueblos. En el tiempo de las dos conquistas, la española y, según algunos indígenas, la evangélica conservadora, las religiones indígenas fueron consideradas equivocadas sino satánicas. Recuerdo cuando Carlos Intipampa defendía su tesis de Maestría en el ISEDET durante los años ochenta. Carlos rechazó la condena de su religión ancestral como politeísta y atea, afirmando más bien la creencia monoteísta en el Dios Supremo, manifestado y

presente en toda la naturaleza: los montes y los ríos, y la Pachamama. Queda pegado en mi memoria el debate entre Severino Croatto y Carlos como uno de los mejores de mi experiencia. No quiero ahora, ni puedo, desarrollar sus argumentos como él mismo. Es notable que su tesis de maestría fuera publicada en Bolivia no mucho después. Pero quisiera también expresar mi alegría y felicitaciones a Carlos al completar sus estudios doctorales en el Seminario Pontificio en Sao Paulo, Brasil, con Dr. Pablo Seuss, un destacado misiólogo. En su tesis doctoral, Intipampa desarrolla mas al fondo la fe de su pueblo en diálogo con la fe cristiana. Ya fue publicada su tesis por la editorial católica Verbo Divino, de Bolivia. (7)

Dios por su Espíritu sigue enseñándonos por medios que a veces no tomamos con la seriedad que merecen. Los grandes como Lutero aceptaron la invitación de recibir lo que otros les ofrecieron.

La cuarta invitación es compartir los dones en un banquete ecuménico

Digo en *un* banquete ecuménico porque no me refiere al gran banquete cuando todos los reyes traerán sus riquezas y dones al trono celestial. Pienso más bien en las exigencias del evangelio de vivir las demandas éticas últimas ahora en nuestro espacio y tiempo. Lo hago con breves ejemplos para mostrar como esta invitación nos toca hoy.

Una de las crisis morales de hoy se relaciona a los problemas migratorios. Durante la Reforma, también hubo una crisis de traslado de mucha gente de sus hogares y países de origen. Las luchas eclesiásticas causaban serios problemas. Fue aplicado el principio de “cuyo el reino, cuya la religión” para decidir entre territorios católicos y protestantes. Cuando el príncipe, rey, elector, cantón o ciudad libre tomara tal decisión, los adherentes de la oposición tuvieron que aceptarla o mudarse a otro lugar para evitar la persecución. Muy afectada por este proceso fue Ginebra por ser Protestante y centro importante de la Reforma. Llegó una gran cantidad de inmigrantes de varios países, mayormente franceses debido a la persecución de los llamados Hugonotes, especialmente entre 1540 y después. Cuando llegaron Farel y Calvino a Ginebra en 1536, habían unos 11,000 habitantes. Pero en los siguientes años llegaron más inmigrantes que la cantidad de residentes originarios. Estos se sentían plagados por los extranjeros y levantaron partidos políticos de oposición. Propusieron darles a los inmigrantes suficiente pan para su viaje y forzarlos a salir con la promesa de nunca volver.

Pero los Reformadores y el Pequeño Consejo de la ciudad fundaron un Fondo Francés para los necesitados, y más tarde otros Fondos como el Italiano, el Alemán, etc. Con este Fondo pagaron gastos para comida, medicinas, alquileres, entrenamiento vocacional, cuidado de viudas y huérfanos, desempleados, y otros. Transformaron un convento desocupado por la Reforma en el hospital de la ciudad en que había cuidado de los sin techo, una panadería general, y el cuidado de niños desamparados. Algunos intérpretes como André Bieler llaman a este esfuerzo de cuidado y protección para el bien común, el humanismo social de Calvino. (8). Cuando comparamos esta actitud y práctica con muchas de las polarizaciones actuales, parece que poco hemos progresado en los quinientos años que celebramos hoy.

No obstante, debo también decir unas palabras sobre el trato de los reformadores a sus enemigos, en aquellos tiempos. No se puede ofrecer defensa, excusa ni razón para tal brutalidad que reinaba en toda la sociedad y en la iglesia. Apelaron frecuentemente al Antiguo Testamento para definir las prácticas crueles que usaron. Cuando hubo tanto énfasis en el “sólo Cristo” ¿porque no aplicaron sus enseñanzas de amor y perdón?. Aquí debemos volver a la primera tesis de Lutero y el mensaje de Jesús: “Arrepentíos”, y aplicarlo tanto a los Reformadores como a los Católicos. El trato trágico a los Anabautistas, los Socinianos, los Ingleses de los dos lados, y las víctimas de la Inquisición, constituyen crímenes contra la dignidad humana y los principios del Evangelio. Todavía uno se pregunta, ¿Cuándo vamos a aprender que las armas apropiadas al evangelio son el amor y el pacifismo?

Por último, es importante mencionar unas palabras sobre el progreso del evangelio que nos regale un futuro mejor. Hemos hablado y escrito mucho en los últimos tiempos sobre el progreso del evangelio. Hace más de un siglo atrás se buscaba evangelizar el mundo en una generación (John Mott) y en la Primera Conferencia Misionera Mundial (Edinburgo, 1910) se propusieron varios proyectos para avanzar la misión mundial. Al final del milenio, cientos de programas prometieron más o menos lo mismo. Y muchos decían que los Reformadores no tuvieron ni concepto, ni teología, ni práctica de la misión. Me parece que estamos superando tales simplismos históricos. Cada generación ha tenido su concepto, teología y práctica de la misión; los Reformadores también.

Especialmente nosotros, los obreros del reino en América Latina, debemos reconocer por experiencia propia los paralelismos entre la misión en tiempos de la

Reforma y la misión en los últimos dos siglos en nuestro contexto. En ambos había un catolicismo formal, poca educación, ninguna Biblia en la mano, ritos religiosos sin comprensión, aceptación de autoridad religiosa jerárquica, gran pobreza, poca comunicación, gobierno verticalista, y uno puede continuar con la lista. Además, el juicio pesimista de Lutero que en su tiempo ni una persona en diez fuera conocedor del evangelio verídico, fue compartido por las agencias misioneras que inundaron nuestro continente después de las independencias y especialmente al comienzo del siglo veinte. Cuando la gran Conferencia Misionera de 1910 excluyó América Latina de la agenda, protestaron las agencias norteamericanas. Crearon su propia Conferencia y agencias para remediar este gran vacío del evangelio en nuestros países.

Así fue en los tiempos de los Reformadores, hubo un gran vacío del conocimiento del Evangelio y ellos se aplicaron con todos sus dones y fuerzas para remediarlo. Su concepto, teología y práctica de misión consumieron todas sus energías y tiempo para remediar esta vaciedad del evangelio. ¿O acaso no pensamos que éste fue su sentido de misión al que entregaron sus vidas para cumplir? ¿Fallaron ellos en cumplir lo que el Señor les encomendó en la misión en su momento histórico? El hecho de que conmemoremos el fiel cumplimiento de su misión a quinientos años de distancia afirma con claridad la respuesta. (9) Demos gracias que ahora nosotros con los Reformadores y todos con el mismo espíritu de compartir el evangelio de paz y amor, podemos participar con nuestros dones en el banquete ecuménico que el Señor nos ofrece hoy. Así sea.

- (1) Altmann, Walter. *Confrontacion y liberación: Una perspectiva latinoamericana sobre Martin Lutero*, Fortress Press, Minneapolis, 1987.
- (2) Lutero, Martin. *Obras*, Vol.I, Paidós/La Aurora, Buenos Aires, 1967.
- (3) Citado en, Martin Marty, *The Day That Changed The World*, p. , Paraclete Press, 2016.
- (4) *Declaracion Comun Luterano-Catolica sobre la doctrina de la Justificacion de la Fe*, 1999. Ver Diálogo Ecuménico t. XXXIV, n. 109-110 (1999) 627- 650.
- (5) Lutero, Martin. *A la nobleza de la nación Alemana y La cautividad babilónica de la Iglesia*, Op, cit., Vol, I.

- (6) Miguez-Bonino, Jose. *Christians and Marxists*, Eerdmans, Grand Rapids, 1976.
- (7) Intipampa, Carlos. *Dialogo Holistico: Aymara Cristiano*, Editorial Verbo Divino, La Paz, Bolivia, 2017. El autor es pastor Metodista, ex obispo, y profesor de ISEAT. Vea también, Humberto Ramos Salazar, *Hacia una teologia Aymara*, La Paz, 1997. El pastor Humberto Ramos fue presidente de la Iglesia Luterana Aymara de Bolivia.
- (8) Bieler, Andre. *El humanismo social de Calvino*, Editorial Eschaton, Buenos Aires, 1973.
- (9) Rooy, Sidney. *Lutero y la Mision*, Concordia, St. Louis, 2007.